

DIOS Y OTROS CUENTOS



Grupo Editorial
Kipus

Antonio Rivera Mendoza

DIOS Y OTROS CUENTOS

~~Para mi amigo Ceñte
querido que sea por
dne yó en este
aprendiz de escotos~~

~~Antoni Ponce~~

Para mi
mismo
Ant

Antonio Rivera Mendoza

DIOS Y OTROS CUENTOS

Grupo Editorial
 Kipus

Para mis hijos

Daniela, Mónica y Piero

A mis amigos:

Lieke Zuidema,
Celso Montaña
Marcelo "Gordo" Arias (†)

PRÓLOGO

Recorrer el mundo, la literatura y la vida por “ciudades paralelas”, abriendo páginas herméticas y develando profundidades del propio ser, llevan al autor de estos cuentos, como dice Lezama Lima “en figura y aventura”, al “conocimiento y disfrute”, a la sensibilidad, al amor a lo bello y simple, pero también a la animadversión y rechazo de lo mezquino y la estupidez del ser humano.

Sin artificios, ni deferencias, excepto los que requiere y ofrece la literatura, Antonio Rivera toca la intimidad que muchos prefieren callar y evitar para no descubrir la propia y quedarse con las “persianas de ladrillo” que ponemos en casas, oficinas, automóviles, que van con la etiqueta de “solo mío”.

Describir lugares, aludir con tal precisión obras literarias, arquitectónicas, musicales y a sus autores, fustigar al poder y a sus adictos, pero sobre todo internarse en los recuerdos

para aparearlos con la imaginación, hacen de los cuentos de Rivera Mendoza una literatura realista y de alusión fantástica, reafirmando la idea de que la realidad y la ficción se superponen transitando continuamente sus límites.

En “Días de cine” evoca una Cochabamba de otros tiempos, cuando las “noches dobles de lunes generaban locura colectiva”, y esa época en la que el de honor y el amor movían y enfrentaban a los bandos de jóvenes de Cala Cala y “la ciudad”, lejos de los vicios de la humillación y la discriminación de ese triste y nefasto evento de enero de 2007.

Primero con “Cuentos de Navidad” y ahora con “dios y otros cuentos”, Rivera se acerca a los límites de la locura cotidiana y no pierde la oportunidad, esto sí muy cuerdamente, de ser irreverente con la iglesia y sus inventos para someter a los creyentes. Así la lectura de este libro se puede tornar inquietante y molesta para esos incautos o placentera y reafirmante, como sacarse la muda de ropa hedionda y quedar libremente desnuda, para las “almas extraviadas”.

En “La gorda” y sus desbordantes deseos, se hacen más nítidas las pinceladas eróticas que el autor da a sus cuentos, revelando sus inclinaciones horizontales y creando con su relato una fiesta sensual.

También los aires bonaerenses, han impreso su espíritu en esta obra. Largas caminatas diurnas y nocturnas al ritmo de tangos cantados, por San Telmo, Montserrat, Corrientes, Chacarita, La Boca, o en colectivo o en subte, las madrugadoras "lagrimitas con medialunas" y las visitadas y revisitadas librerías, que parecen cambiar de sitio, desaparecer y aparecer en un juego fantasmágico, Rivera ha pulido "dios y otros cuentos" extasiado por la hospitalidad de los porteños, y sus visitas y compañías variadas e intermitentes, incluida la mía.

Y en el texto por encargo de "Don Lucio", escrito con una claridad turbadora y en un género indeterminado, que no es cuento y mucho menos ensayo, como lo advierte el "editor", se convierte el silencio y el lamento de la vejez en un grito estremecedor, vigorizado por la indolente verdad de la que se alimenta.

Aparece el ángel, no ese ser inasible y etéreo sino un mortal que ni siquiera se llama ángel, que simplemente un día se cruza en el camino de uno y como si nos conociera y observara "desde el más allá", sin más argucias, dice lo que queremos o más bien necesitamos escuchar, deja ese consejo o apreciación urgente, y sigue su camino, desaparece. Lo mágico, en lo real, en lo cotidiano.

La cotidianidad también trae otro tipo de seres, esos que Antonio describe con deleite y “perversidad” que se encuentra la realidad, sin disimulos ni disfraces; ahí están El “Dr. Esquiusmi” y “Tutti Frutti”, dos seres fenomenalmente reales. Y no se resiste a dejar adentro, en algunos pasajes de este libro, el fútbol.

Leer los primeros, los primerísimos textos de este libro, algunos cuando todavía estaban en el pensamiento del autor y ahora tenerlos entre mis manos, me llena de una sensación maravillosa, de complicidad imperturbable y renovadora.

Elizabeth Riva Alvarez



LA GORDA



La Gorda no era gorda. Tal vez su potente carcajada que le inflaba el cuello; quizás su manera de caminar y bailar. Desde que alguien la llamó así, aceptó ese nombre y se volvió gorda. Gorda era para las amigas, pero, y este pensamiento la había abstraído de alguna clase o reunión del trabajo, era gorda también para los amigos, para los hombres.

Cuando recibió el parte matrimonial de Elvira y Johnny, con la tarjetita que todos buscamos, hurgando el sobre hasta sus sitios más íntimos, sintió alegría y amargura; no se animó a llamar envidia a ese malestar casi físico que la mareó cuando abordaba su coche. Se alegraba por Elvira, la quería, y sabía que Johnny era un buen tipo; además, y ahí se estacionaba esa ambigüedad de sábana y mantel, era lindo, un

churro, como decía su mamá. Se acordó con vergüenza, de esa vez que caminaban madre e hija por la plaza Colón y un instante antes de que se cruzaran con un muchacho, la mamá le dio un codacito para que no se perdiera su apostura, pero él se dio cuenta y terminaron cruzándose dos caras ruborizadas, y escuchó decir a su mamá ¿has visto qué churro? Sí, Johnny era más o menos así, le habría gustado a su mamá.

Ya entradas las amigas de lleno en el mundo prematrimonial de Elvira, ayudaban con variaciones de la lista de invitados, sugerían atrevidas despedidas de soltera, adelantaban situaciones de la fiesta y la Gorda se vio nombrada madrina de torta. Aceptó con naturalidad por su íntima amistad con la novia, pero sabía que, además, debía darle un regalo personal, como manda el ritual de los matrimonios.

Sin mayor reflexión se decidió por un juego de té, de vasos, u otra cosa de un valor regular.

Pero, ya sola en casa, sin telenovelas pendientes ni compromisos, algo inconforme creció en su mente. Primero, pensó en un regalo diferente, no tradicional. Le satisfizo la idea y se puso a elegir algo que nadie regalaría. Además, más estusiasmada, la Gorda, sería reconocible, singular. Después de caminar por tiendas y mercados, postergar alguna lectura,

rechazar una cita, se le iluminó el rostro por su atrevimiento: le compraría ese juego de lencería que le arrancara una sonrisa al descubrirlo en una tienda del centro. Superadas las dudas, o más bien desechadas, lo compró. Pero, no hizo que la vendedora lo envolviera en papel de regalo. Se lo llevó a casa y, casi clandestinamente para evitar intrusiones que podrían dar por tierra su plan, lo sacó de la bolsa, lo extendió en su cama. En algún momento quiso probárselo, pero el pudor le permitió sólo desnudarse y verse en el espejo apretándolo contra su cuerpo. La única libertad que se permitió fue hacer más presión sobre sus senos y sexo. Sí, definitivamente, toda mujer quisiera tener algo así para inaugurar formalmente su vida matrimonial.

Como siempre la Gorda fue una de las más animadas de la fiesta de matrimonio sin conseguir (tampoco se lo propuso, esta vez) un hombre que la sedujera. Vio partir a los novios hacia su intimidad dejando la fiesta para los demás. Una sonrisa sensual se dibujó en la simpática cara de la Gorda mientras la limusina alquilada se alejaba con su ruido de latas.

Venció al cansancio de vuelta de la fiesta para imaginar su lencería actuando en el lecho conyugal, pero le asaltó el dolor de pensar que Elvira no se lo había puesto para sacárselo, en el rito que había planeado la Gorda. Impaciente

como son las gordas, sólo pudo esperar hasta el mediodía para llamarla y deslizar su pregunta en medio de una conversación llena de chismes. Sí, Elvira se había puesto su provocativo regalo, pero no pudo obtener detalles porque la novia siempre había sabido guardar su intimidad.

Esa tarde, la Gorda fue más divertida que de costumbre. Llegó la noche y ya sola en su cama, se desnudó lentamente y quedó con el traje del Emperador convertido en un négligé. Comprobó con las yemas de los dedos la todavía tersa piel de sus hombros, caderas, senos, allí encontró los pezones erectos y, ya dulcemente abandonada, bajó sus manos amorosas para acariciar delicada y acompasadamente su surco sin amor.

La Gorda tuvo su noche de bodas, una noche después que Elvira.

DIOS



El viento que llega de los glaciares del sur hasta Buenos Aires hiela la vida de la gran ciudad, la hiela de la peor manera: nos cambia, nos convierte en unos seres taciturnos y desesperados que buscan calor, que quieren inútilmente sacudirse el frío, en abrigos, en restaurantes, en casas, departamentos, donde encontramos un calor artificial que no es más que un sucedáneo que nos devolverá a la cruel antártida de las calles.

Ese soplo malvado del Sur llega, como una paradoja, a la estación construida para recibir los ferrocarriles del Norte. En Retiro se ensaña con sus habitantes y pasajeros; pero los primeros lo sufren más porque se queda a vivir con ellos. Y los enferma y debilita.

La gripe debe ser el mal que peor resisten los seres humanos. Sus penas se vuelven más tristes, sus sueños se cortan como la leche, abortan sus planes, renacen sus odios, se inventan otros odios, dirigidos con notoria predilección a los saludables. Pero, la enfermedad provee su propia ponzoña, haciendo doblemente aciaga la existencia. Saber que es un mal de corta vida, y sufrirlo como si fuera infinito, lo hace más penoso y menos soportable que otros, lo hace más malo precisamente lo efímero que es. Y por si fuera poco, sabes con temor, que suele volver. Es más soportable un sincero cáncer terminal que, después de todo, es una condena que obliga a la resignación.

Esta deformación de la eternidad habrá sido la causa para que Pablo, atrapado por el virus, decidiera convertirse en Dios. Lo hizo. De la noche a la mañana, pasó de ser uno de las decenas de miles de muchachos argentinos, a ser único, a ser el Ser Único.

Su primer decreto divino lo curó de la gripe.

Dejó su lecho de enfermo; se quitó las ropas para dormir y se puso las ropas de salir. Abrió su puerta de calamina para llenarse los pulmones de la fetidez de su barrio, para que se sintieran cómodos con esa familiaridad, y salió al helado infierno.

Hasta entonces, Pablo no sabía que ya tenía un papel muy próximo al de la divinidad. Era el hombro de las decenas de marginados de los marginados, los habitantes de los meandros más recónditos de Retiro. Ni siquiera de las ominosas y meadas vías de la villa miseria, sino de esa otra ciudad, la que espanta hasta a esos miserables. Aquella de las escaleras que descienden hasta el fango; de las que ascienden hasta la desvencijada puerta que se abre al vacío; la de los ventanales con persianas de ladrillo; de los túneles de subte que ningún vagón ha recorrido y que si lo hiciera quedaría encallado en la nata de alimañas que los han hecho su reino; la ciudad de los edificios que navegan en el océano de aire hediondo y helado con sus velas de harapos tiznados. Esa ciudad que esconden todas las ciudades del mundo. Esas zonas malditas, invisibles para la gente común (la pobre y la rica) que comparte unos prejuicios que llaman "valores" que les tapan ojos, oídos y bocas; ruinas construidas como ruinas; ciudad horrenda diseñada por el arquitecto desaforado que se adelanta en la destrucción y la podredumbre. Esas urbes paralelas que tienen Buenos Aires y Nueva York, La Paz y el D.F.

Por la de Retiro marchaba Pablo antes de ser Dios y ahora que lo era. Si antes daba a la mujer de los cartones abrigada por lo que vendía, y que clamaba por medicamentos, una chalina; a Federico, que sólo quería ser escuchado, un abrazo

y unos minutos; a Cristina, la Fantine porteña con su Cosette, en realidad, el pequeño y tosedor Lisandro, unos panes; ahora sí les concedía lo que en verdad necesitaban. A todos, al clandestinizado *dealer* que se gastó la falopa y el dinero, al bonzo con media cara que oculta en la tiniebla; a la muda prostituta, muda desde que recibió un balazo en la vagina y deambula relatando con una mímica atroz su tragedia; al cobarde filicida que por matar a su mujer disparó en el rostro de su hija que se interpuso, (incapaz de suicidarse quiere confundir su madriguera con la muerte); al grupo de adictos que junta el frío, la miseria y la irredención, a todos esos seres que no votan, ni tienen acceso a cajero automático alguno, que respiran siempre su último estertor. A los castigados por los más miserables, a los ejecutados por la hez de la humanidad, los premió nuestro Señor.

Día tras día, Dios los confortaba, dándoles hasta Su último aliento. Al final de la jornada Se iba a dormir en Su pocilga.

Al séptimo día, fue Federico el primero en percatarse de Su retraso. Se llegó hasta la calamina y llamó. Subió el tono de sus golpes hasta aporrear la puerta que finalmente cedió. Salió corriendo. Con sus enormes bigotes de los que colgaban estalactitas de hielo, apenas podía anunciar a cada uno de los creyentes: Dios ha muerto. De gripe.

DÍAS DE CINE



Estábamos en los años en que estalló la guerra entre Cala Cala y La Ciudad. Noche de sábado: Había anuncio de batalla. ¿Quién lo decía? Nadie y todos. Era un orden del día que caía como una niebla, por mandato de alguna misteriosa naturaleza. Marcelo se encontraba en el dilema de ir a dar y recibir pedradas y puños, o de irse al cine para ver, por ejemplo, esa con William Holden ("Picnic", ¿no, Gordo?), que daban en el Capitol. Estaba en el dilema de ser su propia película -Marcelo con Kim Novak, wau, Marcelo- o ver una de otro que le gustaba tanto.

Felizmente, el Pilila y el Traca no eran líderes ociosos. Organizaban a sus guerreros con persistencia y los dejarían actuar esa noche como si de una batalla imprevista se tratara, una más de la decena de épicas por la conquista del

puente de Cala Cala. No era el sobre el río Kwai con Alec Guinness y Holden, y ¡Trevor Howard!, en esa en la que Guinness sigue las normas y construye su orgullo inglés extraviado en la guerra y lo defiende hasta que cae en cuenta de la locura en que estaba cayendo; en esos tiempos en que el héroe norteamericano era todavía bienvenido para todos y, para muchos, incluidos Marcelo y el Gordo, William Holden era su actor preferido.

Los calacaleños del Pilila bajaban por la Libertador Bolívar, armados de algún palo y flechas (las hondas de ligas adheridas a una palca), pero esencialmente de las armas más temibles que tenían, sus puños. No eran, de ninguna manera, ni antecedente, ni parecidas a las huestes que bajaron con garrotes repartidos ex profeso por agitadores de-cuello-blanco (murillos, reyes, pavos), para golpear cocaleros, el 11 de enero de 2007. No, las de aquellas batallas eran tropas de guerreros urbanos dignos y caballerosos, que nunca habrían acosado en grupo a un débil, ni odiaban a sus oponentes; luchaban sin recibir órdenes de ninguna clase, menos habrían hecho caso a un político patéticamente escondido; iban a la contienda con el respeto declarado a los "ciudadanos" del Traca y a los "calacaleños" del Pilila, según la línea del frente, porque sabían cómo eran, los desafiaban y temían. Aquellos comenzaban su ascenso hacia el frente, unos cuantos desde la avenida Aroma, más, hasta La

Plaza, y el ejército se completaba alimentado de barrios de Las Cuadras, el Zoológico y el Prado.

Tenía mucho que ver con el cine, intuían dos niños que contribuían a la refriega con sus flechas desde un lugar estratégico, al socaire de puñetazos y pedradas, de la plazuela triangular, en la salida del Puente hacia el centro. Recordaban, o recordarían, las decenas de películas en las que buenos y malos se disputaban un puente. Sobre el de Cala Cala, no había maniqueísmo; todos eran iguales. Más tarde comprenderían el “simbolismo” de los puentes (que arruina la diversión, la imaginación y el arte) y todas las teorías inventadas por los críticos que critican lo que son incapaces de crear. Ese de Kwai, el de Remagen, el de Lo Bueno la Malo y lo Feo o ¿era en Por un Puñado de Dolares?, pero era sí una de Sergio Leone con el Clint Eastwood de poncho y pucho y el inefable Lee van Cleef que tanta gracia le hacía al Gordo, pues no tenía nada más que su extraordinario rostro para hacer películas. Ante la afrenta, Marcelo dice pero no te olvides de Sabatah, en la que Lee van Cleef ya no es un mero comparsa, sino el jovencito de la película; otro que está escuchando terciá y corrige, “el tipito”, calláte potoco. De pronto, no quería dejar pasar, el Gordo, en “Espía por mandato” se reunían mis dos admirados de esos años, William Holden y Klaus Kinsky, y pone una cara de Klaus Kinsky en la escena en que el futuro papá de Natasha era

un casi adolescente debutante, que en la película hace de polizonte y con una tos que *ti voglio dire* (esto se copia de Cortázar que se copia de Torito) en el barco contrabandista de los aliados, acompañando a William Holden, los dos ocultos en la bodega. Los nazis caminaban por cubierta en un control; los dos y la chica que el Gordo no recuerda quién era (ni la buscará en internet, “porque no es MI memoria”) sentían sus pasos y mantenían un silencio total, cuando Klaus tiene un acceso de tos. Pero, William Holden, rápido como debe serlo el héroe, le tapa la boca antes de que su tos se complete, y lo mantiene así, silenciado, hasta que el comando nazi se va. Entonces William retira su mano y se encuentra con el horror de Klaus muerto asfixiado. Esos sí eran dramas, exclama el otro que no era potoco, sino que había hecho una broma con el “tipito”, que, además, eran los sucrenses y no los potosinos, mientras se despedía.

Ahora recuerda Marcelo, tomándose esa cerveza en El Prado Prado, que mientras estábamos acostados en la galería del Astor viendo El Álamo, en función rotativa, arriba, se desarrollaba una otra película. Richard Widmark, como siempre el duro justo; el último John Wayne (antes de su sacrificio en el altar progre) como David Crocket, el elegante Lawrence Harvey, desarrollaban un drama propagandístico que no le gustaría a ningún mexicano ni a nosotros

si conociéramos historia americana, en el que defendían un territorio ajeno, para sí mismos, contra un general mexicano de opereta que lo intentaba recuperar; años más tarde Marcelo conocería El Álamo cuando llegó a San Antonio, Texas, en un viaje con un itinerario errático. Bueno, dentro del fuerte todo era heroísmo, machismo y dentro de todo, un drama de amor del más puro. En el último piso del Astor, que ya no era cine, sino la casa del dueño, se desarrollaba un otro drama cinematográfico con personas reales: el joven Irmas, un teenager con pinta de los galanes de cine de las películas de entonces, llamados teddy boys, donde comenzaron Martin Sheen, Johnny Deep, un temprano Travolta; por encima de éstos, jopo bien hecho y frágil, pero indestructible, chamarra negra con el cuello alzado, jean oscuro y algunos brillos de metal, coche y moto veloces, mantenía un tórrido romance con probablemente la primera adolescente o chica liberada de Cochabamba, Pocha: ropa atrevidamente colorida, preferentemente sedas volando, a veces botas, debajo de las pioneras minifaldas, a veces rojas, pintura fuerte en su rostro atractivo y redondo dotado de un rictus de desprecio y burla hacia la gente "decente" de Cochabamba. Pero, Marcelo sabe que las jóvenes de las casas "bian" (Tita Merello dixit) envidiaban esa película de carne y hueso que proyectaban por las calles de la ciudad a la hora menos esperada. Era una película que veíamos de oídas, sólo

con unas escenas fugaces en las que aparecía y desaparecía esta pareja libre, montada en la moto de gran cilindrada o en el convertible rojo, refregando su amor en la cara mojigata de esa ciudad.

La guerra galante entre Cala Cala y la Ciudad declinó, comenzó su decadencia, cuando sus valientes capitanes se fueron a trabajar-a-los-yunaited, como se decía entonces, esos tiempos en que Miami se convirtió en Mayami. El trabajo duro estaba reservado para inmigrantes sin estudios ni inglés; el Pilila y el Traca sólo tenían para mostrar un valor a toda prueba, el reconocimiento de sus tropas y de las chicas de media ciudad de Cochabamba, cada uno; y un sentido de dignidad y honor que lamentablemente no reconoce la autoridad de inmigración, ni los managers de restaurantes o fábricas. No sabían a quiénes tenían de empleados. Ni ellos se los decían, porque sabían a qué iban y enfrentar esa humillación no era humillación, porque nadie ni nada pudo humillar a estos dos capitanes hasta su desaparición, que decretaba la desaparición de una estirpe. Oye esto sí que es verdad, dice el Gordo emocionado, mientras bajamos el puente, vieja arena de las luchas, volviendo del Wilster 1 Strongest 2, hacia el Prado y hacia el Prado, I mean, al "Prado Prado". Pero, había más; muchos años después, recuerda Marcelo, se encontró con El Traca mientras hacían cola en la farmacia San

Elías. Lo saludó y el Traca con la sabiduría que da el liderazgo bien ejercido, hizo que lo conocía, y le dijo hola Gordo, (claro, qué más podía llamarle) y charlaron con el límite que ponía la eficiencia de los dependientes para atender a la fila. Se enteró de los Estados Unidos y le dijo que habíamos estado hablando de él y ... no sabía qué más decir. Sólo le restó tocar su hombro y espalda para llevarse el contacto con uno de los grandes, como contaba el Gordo. Ya en otro lado, Marcelo le contó algo relacionado a la extinción de aquella guerra. Se había encontrado con María Angélica, la bella hermana de Pilila, y ella le había dado la noticia terrible. El Pilila había muerto en un accidente en Estados Unidos. Los dos amigos siguieron su camino por el Prado pensando lo mismo, o mejor dicho en una suerte de stéreo en que uno era el parlante izquierdo y el otro el derecho. Uno pensaba que la muerte del Pilila era para sentirse triste y enojado a la vez, pero encontró una salida que lo consoló: estos seres viven tan intensamente que ya no les queda más por vivir... pero no, eso era también muy triste. El otro parlante había tomado nota de esa muerte, sí, pero más de la mención a María Angélica. Se explicó entonces, el porqué de la guerra. Recordaba que los orígenes se remontaban a una pelea normal. Un grupo de amigos de la ciudad acompañaron a unas chicas de Cala Cala; cuando volvían se encontraron con unos calacaleños que les reclamaron por su temeraria galantería con

las chicas de su barrio. La pelea de estos fue el embrión de la contienda: por eso, la apellidó galante. Y sí, María Angélica simbolizaba el leit motiv del casus belli (y Gordo?, Marcelo). Claro que no. El Gordo se las sabía todas, incluso la expresión alemana y más todavía el latinajo, sólo un ignorante puede jactarse de esa "sabiduría". Es que María Angélica era una chica lindísima y tenía esa aura clara y una risa (para una tímida referencia puede verse la de Naomi Watts) y una simpatía, qué me pasa... La volvió a ver en una de esas reuniones tontas de viejos compañeros de colegio. Ahí, entre los exalumnos que se afanaban en mostrar sus logros profesionales (así decían), en la competencia de quién había acumulado más dinero, estaba ella sin haber perdido un ápice de su simpatía, aunque sí algo vejada por el tiempo, con una medallita en el cuello y con una falda parecida a la que de aquel remoto tiempo en que calzaba zapatos bicolores con calcetines blancos. El compañero que se sentaba a su lado, le dijo a Marcelo que la medalla que lucía el cuello de su amiga, estaba hecha con un oro de pocos kilates y que valía no sé qué modesta suma. El Gordo miró al ex compañero como se mira una babosa gigante, lo recorrió y vio sí oro puro en su muñeca y dedos, y ropa fina, y recordó que su papá era uno de los turcos (así llamábamos a los árabes) de la calle Esteban Arce y claro que debía conocer el oro. La babosa se adjudicó el desprecio galante del

Gordo y la antigua jovencita y hoy hermosa mujer, un incremento de admiración y otro sentimiento que no quiere confesar para estas notas.

Sentados en la mesa del Prado Prado, entonces, el Gordo y Marcelo sacaron sus billeteras y comprobaron que sólo les alcanzaba para las dos cervezas y un medio lapping, o dos medios lappings sin cerveza, esto ultimo, algo que no se podía siquiera considerar. Pero, uno de ellos lo solucionó: le instruyó al mozo, creo que era ese viejo tuerto (que no habría sido tuerto si viviera hoy, con los médicos cubanos arreglando las cataratas gratis...), que tomara el lapping, que tiene ya unos surcos que lo cuadriculan, lo cortara por ellos, los sirviera en un plato con las papas fritas, y si puedes, por favor en vez del arroz, ponle más papas, o más carne, dijo el otro casi sin esperanza, y unos locotitos. Les llegó el plato y comieron picando y sorbiendo sus taquiñas, uno pensando en María Angélica y el otro en los goles del Strongest. El plato fue imitado y tomó carta-de-ciudadanía (nunca-mejor-dicho) en Cochabamba y hoy se llama Pique Macho; sufrió una serie de deformaciones, como falsedades su origen. Hay un "cronista", mas bien un (o el) bufón de la clase media, que atribuye su invención al dueño del local que mejor le sirve, al que le paga más; pero eso ya no importa, porque ni el Gordo, ni Marcelo, le dan importancia a su creación, no tienen la menor

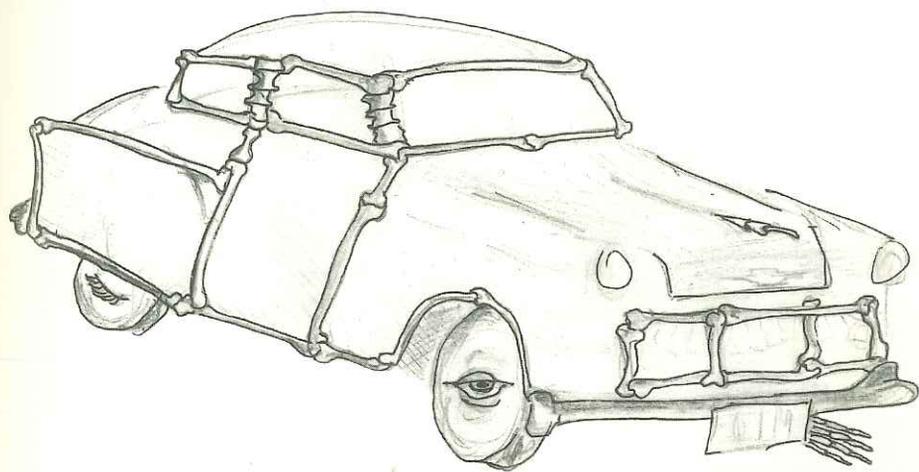
tentación de trascendencia, porque no sabrían qué hacer con ella. Para ellos lo que importaba era la amistad, la guerra, el hambre y, claro, el cine. Y el cine doble, mieeeechi..... diría su amiga cambita.

Y entramos a la noche doble, literalmente entramos, en la vorágine que eran esas noches. Ya no era amor al cine; era algo muy superior al amor a secas, se trataba de una especie de histeria colectiva por la necesidad física de cine, era el éxtasis del adicto. Eran masas de gente que vomitaban los colectivos, buses, llegados de Quillacollo y Vinto, de Cliza y Punata, de la rosa de los vientos, que coincidían en el vórtice de La Plaza, para entrever la cartelera de las películas, como el último (¿único?) acto racional de esa noche irrepetible hasta una semana después, cuando todo recomenzaba: esas gentes que trabajaban, amaban, compraban, vendían, llevaban a sus niños a la escuela, se saludaban con cortesía entre ellas, firmaban documentos, se comprometían, casaban, adquirirían préstamos de bancos, pagaban impuestos, largaban la cadena, se lavaban las manos después de hacer el uno o el dos, o pipí o popó, o pís y caca, como se decía antes; aquella gente tan normal, comenzaba a enloquecer a media tarde de los lunes. A las 9 de la noche ya había perdido completamente la cordura, formaba un huracán de carne sediento de cine. Miles llenaban las salas, no importaba

cuál. Sólo sabían que su destino de esas horas era convertirse en asesinos despiadados, madres sufrientes, heroínas rescatadas, galanes airosos, malvados vencidos, amantes problemáticos, ninfas libidinosas, niños tiernos, vampiros, cow boys, militares unionistas, indios sioux, fugitivos encadenados, roberts mitchums, brandos, hayworths, taylor... Vivían dos películas, hasta la resaca que comenzaba en el colectivo que los devolvía a la realidad, o que quizás los sacaba de ella para reponerlos en la mentira de sus vidas, está de acuerdo, Marcelo, el Gordo.

The End

UN CAB EN LA HABANA



Es viernes a media tarde en el Malecón, en la zona habanera de hoteles estrellados. La familia Conroy sale del suyo con la información fresca de que a unos tres kilómetros hay unas playas anchas de blanca y abundante arena, y libres de turistas -curioso deseo de todo turista que se respeta-.

Poco más allá de la puerta del Meliá se encuentra Osman González, apoyado en su leal Chevrolet 58. Conquistados por la sonrisa hospitalaria de González y la promesa del privilegio marítimo, los Conroy corren a ocupar el cab que les brinda, además del viaje, la aventura de ir a bordo de un vehículo que ya rodaba antes de que naciera la familia entera, y contemporáneo del abuelo Jeffrey, ausente de las vacaciones familiares desde hace ya cinco años, cuando apareció su primer temblor parkinsoniano.

Lo abordan, Mary y los hijos Ted y Samantha, atrás; el padre, Fred, en el asiento del copiloto, y, luego de cerrarles las puertas con gentileza, Osman, al volante. Éste introduce la llave en el contacto y su *chevro* no responde, prueba otra vez, nada, ninguna respuesta; insiste por diez, doce minutos y el coche continúa imperturbable; cómo me haces esto, le reclama en silencio, perplejo, Osman González . Transcurren más minutos y los Conroy se desesperan y sudan copiosamente, pero sienten un poco de vergüenza y temor de apearse. Finalmente, no hay nada qué hacer; se lo dicen a González y él comprende y se disculpa con semblante resignado y triste por la pérdida que le representa; bajan y los Conroy padres cruzan una mirada; Mr. Conroy saca unos dólares de su billetera que los alcanza al taxista con disculpas en inglés. González se niega a recibirlos, pero aquél insiste; los colegas estacionados ahí cerca lo animan, mientras llega un ómnibus lleno de turistas brasileños. Entretanto, se ha formado un corrillo alrededor del chevrolet de González, al que tratan de acercarse hombres mujeres y niños curiosos y brasileños que van bajando de su enorme vehículo de dos pisos; éstos son informados acerca del drama del taxista, que varía según la ubicación del informante en los círculos concéntricos formados por el público. A los primeros brasileños les llega la noticia de que unos norteamericanos sobrecargaron un taxi hasta inutilizarlo. A los del bus que se está

estacionando, repleto de ancianas y ancianos escandinavos, de que un taxista cubano yace herido debajo de su vehículo, atacado por unos desconocidos que hablaban inglés con acento de Miami. La versión que pasa a la plaza cercana y llega a oídos de los transeúntes es que unos gringos asaltaron a balazos a un taxista para llevarse su coche con fines-inconfesables. El suceso causa gran tristeza entre los turistas, pues ya se sabe que los que llegan a la Cuba comunista traen en su equipaje, además de repelente contra mosquitos, una gran dosis de culpa no se sabe de qué, sin embargo, se sospecha que es por el embargo. De repente se forma un espontáneo comité binacional ad hoc, encabezado por un dinámico bahiano secundado por un viejito noruego sorprendentemente ágil a los años que se le calculan por el conteo rápido de sus pliegues faciales, que no pueden ser menos de noventa. Su primera misión es encontrar un sombrero; lo encuentran en la cabeza del señor da Silva que se queda sin su panamá y es además el primero en depositar un billete verde en reemplazo de su testa; rápidamente lo llenan con billetes echados por manos de todas las edades; queda chico en relación a la generosidad y filantropía vacacional. Los representantes de la operación se abren paso hasta el epicentro del suceso. El calor, las ganas de tomarse una cerveza helada en el bar del hotel, las insistentes llamadas de sus esposas, los hace depositar, de prisa, su colecta en manos

del taxista, ignorando las aclaraciones que su razón les pide, pero que su cuerpo rechaza, sobre la verdad del drama de este cubano que parece mucho más saludable de lo que pensaban a la hora de comenzar a pasar el cepillo. Los demás, excepto los colegas taxistas, se van también al comprobar que la historia ya languidece.

Osman González, entonces, se ve dueño de un sombrero lleno de dinero. Animado por sus amigos y colegas, cuenta los billetes y monedas que dan una suma total de 654 dólares americanos.

Con los ojos incrédulos, encasquetado el panamá que no puede con sus rebeldes y negros cabellos, y en las manos los billetes verdes, Osman sigue apoyado en su *chevro*; devuelve la colecta al sombrero cuando le llega la familiar voz de su esposa Marileydis, que, además, espanta a los taxistas. Y, detrás de esa primera voz, el coro familiar de las sopranos cuñadas e hijos; suegros y hermanos tenores, el bajo profundo de la abuela, voz múltiple que converge en el micrófono del puñado de dólares devueltos en el sombrero, como una ensalada verde. El aria de la señora González y sus coristas se atienen a un libreto escrito por la necesidad y ambición, nacidos de una inocencia colectiva, el más grande logro, aunque no éxito, del embargo.

La casa de los González queda estrecha para la función. Actores y actrices se dan cabeza con cabeza en el escenario de la sala, mientras una pequeña multitud de vecinos se apretuja en la platea y los palcos de escaleras, cocina, dormitorios, observando un comportamiento evidentemente diferente al del público tradicional de La Scala, es decir, con una activa participación en el drama, a todo pulmón.

La trama es simple y complicada. Se cuenta y recuenta la ensalada y cada uno de los personajes le canta un destino diferente; la discusión va elevando el registro de las voces hasta hacerse una muy hermosa y poderosa, de Babel.

Al final quedan actrices y actores principales y la luz encendida luego de que el sol se va a dormir. Termina el drama con el fresco de la madrugada y en un ambiente de bulliciosa armonía y regocijo, imprevisible la tarde de ayer.

Sólo los miembros de la familia conocen con exactitud los caminos que han seguido discusión y razonamiento hasta la decisión final.

Dos días más tarde, pese a la hora temprana, se ve a González sacar el *chevro* del garage donde lo guarda, al volante y con una sonrisa de oreja a oreja y de amor por su auto que ahora

sí responde con docilidad y, por-qué-no-decirlo, cariño, a las órdenes de su amigo. El mecánico-mago de la otra cuadra ha empleado sólo unas horas en devolverle la vida.

Al mismo tiempo, en Miami Dade, en la calle 54, cerca de la avenida Madison, un cartero se acerca a la puerta de una gigantesca ratonera que sus ratones prefieren llamar "condo". Vive allí Mariel González, y el empleado postal llamará a su puerta en unos minutos, con un sobre rotulado a su nombre que contiene un cheque de \$US 654 y una carta de su hermano en la que leerá su preocupación y la de toda la familia por su penosa situación, reflejo de la crisis de ese país cercano y lejano, y que sus parientes habaneros decidieron enviar esa suma para aliviarla al menos en parte, Marielita.

BARRIO TRANQUILO DE MI AYER

Si se es forastero hospedado por el centro, la mejor vía para llegar al porteño barrio de Chacarita, sin tomar el oneroso servicio de taxi, es abordando el transporte metropolitano subterráneo, apodado "subte" por los usuarios, hasta la estación Federico Lacroze de la línea "B", en dirección a Los Incas. No bien emerge a la superficie, uno se ve ante la imponente entrada de este complejo habitacional exclusivo en el nordeste de Buenos Aires, Capital Federal, República Argentina. (Alrededor de esta hermosa urbanización ha crecido una ciudad "normal" que, teniendo el mismo nombre, no forma parte de aquél).

Se accede a sus calles y avenidas por una suerte de Puerta de Brandenburgo, guardando las distancias con respecto a la alegoría apropiada por nacionalsocialismo, sobre la berlinesa, escultura que en algún momento del Reich de Adolf Hitler, su ministro de propaganda, el doctor

Göbbels, incluyera dentro de su apócrifa mitología germánica, según nos ilustran historiadores.

Ya dentro de sus muros (éstos rodean el barrio como a los llamados "condominios", en Bolivia), es notable el aislamiento de éste respecto a su entorno bullicioso. Sus calles se muestran muy bien cuidadas y de tráfico escaso; igual que las limpias aceras y calzadas ante las casas, todas de un piso, con excepción de algunos ostentosos edificios pertenecientes a asociaciones o "mutuales" de colectivos extranjeros o corporativos (v.g. gallegos, militares, empleados de comercio), donde funcionan eficientes y silenciosas oficinas de atención a sus afiliados.

Sus residentes son gente pacífica, y dueños de una discreción queraya con la timidez enfermiza ("k'itas", según decía la madre del chacaritense que suscribe el presente artículo); pero así es como mantienen su oasis de tranquilidad, esa que codician sordamente los otros cien barrios porteños, (los del cantor Alberto Castillo, si se nos permite esta digresión arrabalera). El visitante apenas puede verlos transitar por sus aceras, o adivinarlos en puertas de calle y ventanas, pero sólo por momentos o, más bien, instantes. Aquella timidez les ha conferido la cualidad de mostrarse tan sólo como sombras huidizas.

Sus envidiosos vecinos de los barrios de Colegiales, Villa Crespo, La Paternal y hasta

Palermo, e incluso del espurio "Chacarita", están obligados a vivir en medio del estruendo de los motores de vehículos, desde automóviles hasta colectivos, sin olvidar la invasión de motocicletas chinas que sufre el planeta entero; de los gritos de mercaderes, muchos de ellos utilizando megáfonos, con el objeto de vender todos los objetos imaginables, a cuál más innecesario, a los que se añaden las voces de tonos agudos y penetrantes de los ciudadanos porteños, dueños de esa sonora cualidad desde su más tierna infancia hasta la jubilación, y, ya que estamos, al postrer y estentóreo estertor proferido en su lecho de muerte.

En Chacarita, en cambio, hay una total ausencia del comercio y, por tanto, de neones y carteles; de esto se benefician las fachadas de casas y mansiones, libres y límpidas para solaz de los paseantes. Debemos añadir que sus arquitectos se han prodigado en el diseño y construcción de verdaderas obras de arte para acoger a sus residentes, no todos de saneadas finanzas familiares, pero sí generosos a la hora de invertir en sus residencias el dinero ganado en toda su vida (en verdad, lo que quedó de él después de saciar la codicia de familiares residentes de otros puntos cardinales de la capital).

Lejos de ellos están, por lo tanto, la preocupación de ofrendar costosos y relucientes

objetos para manifestar sus sentimientos; en su frugalidad espiritual se permiten tan sólo una clase de regalo, consistente en ramos de flores; así, el único comercio instalado a la entrada del barrio es el de disciplinadas floristas, en cuyos mostradores hacen estación los visitantes para luego engrosar el colorido desfile que ingresa a Chacarita.

Ni la política los distrae (conviven allí personas de diversa, y hasta contraria, ideología, pero se cuidan de expresarla sino sólo de muros para afuera) ni otras rivalidades nacionales como el fútbol, ese deporte que guía la vida (y a veces la muerte) de la mayoría de los argentinos. Se ve en Chacarita vecinos que, si bien han dejado claro de qué cuadro son hinchas, jamás cruzan palabras altisonantes. Menos aún les quitan sueño a los chacaritenses los asuntos derivados del presunto desorden en su frugal dieta, por lo que literalmente nunca tienen problemas con las alcantarillas y otros servicios municipales (igualmente motivo de envidia de los ediles vecinos).

La gozosa paz que se respira allí, sólo se interrumpe (es un decir) algún fin de semana, u otras ocasiones, aprobadas por unanimidad vecinal, en la esquina de las calles 33 y 6, hogar del famoso intérprete que cada día canta mejor (y que infelizmente no ha dejado el cigarrillo), Carlos Gardel.

LECTORA

Für Elise Komponiert 1810

WoO 59

Poco moto
pp

7

1. 2.

5 5 5 5 5

La revelación me fue dada en el colectivo 163, que llega hasta cerca de la calle Austria, a donde mira el Jorge Luis Borges de granito, desde el patio de su Biblioteca Nacional.

Era una chica de unos veintitrés años; iba sentada y a contraluz su perfil se destacaba con un aura hermosa; abrigada desde el cuello, tenía un libro abierto apoyado en sus muslos.

Sus ojos se movían con la cadencia de la lectura sostenida, dando a sus negras pestañas, breves, literarios y bellos aleteos. La distancia de sus ojos a las páginas del libro debió ser de unos sesenta centímetros, más o menos. Era la perfecta lectora. El espacio de aire, por el cual yo veía pasar la avenida del Libertador, tenía esa sustancia que sólo crea la comunicación,

la comunión, la complicidad. Aquí, la mirada, la mente; allá, el libro, las ideas de otro.

Estaba segura de haber notado, como a veces en el horizonte se ve el calor, una especie de ectoplasma translúcido creado por los ojos lectores y las páginas. Como una lágrima que llorara el acto de leer, que, por alguna inexplicable razón (razón?) pertenece más que a cualquier otro genero dramático, al de la tragedia.

Luego, comencé a "leer" esa lectura; cómo las letras, las palabras, las ideas, la trama, los pensamientos, de una escritora "subían" sostenidas, (sí, físicamente), por la invisible cuerda tirada por la mirada, hasta los ojos y, por ellos, penetraban en la mente de la muchacha, para mezclarse con ideas suyas, por asociaciones, experiencias, conocimiento que ella ya traía antes de empezar con el libro. Éste ya había comenzado a dejar de pertenecer a la autora y le era, con cada palabra leída, más ajeno. Y más propio de la lectora.

Lo señalará y cerrará, se me ocurrió, y el libro seguirá siendo libro, hasta que esté acabado, agotado. Entonces, volverá a ser, pero un ser salido como de una sesión agotadora de donación de sangre; el libro que desechen aquellas manos será más objeto y menos libro. Hasta que otras manos lo lean y será de nuevo

un otro libro, pero otro distinto: nadie puede leer, ni ser leído, impunemente.

Había abordado el 163 en Hipólito Irigoyen al 1800, para ir a la Biblioteca Nacional, donde descubrirían la escultura de Borges; pero ese sería el acto colateral: el principal era revisar las primeras ediciones de los álbumes de Cortázar y si era verdad que existía un libro llamado "Paradiso" (es que, por increíble que parezca, ninguna librería de Buenos Aires -lo cual es muchísimo decir- tenía en sus estantes la obra lezamiana). Parada bamboleante en el colectivo, yo ya estaba sumergida en la literatura, en la lectura, cuando la descubrí y comencé a hacer literatura con ella. Al dar, la lectora, la vuelta la primera página, en mi compañía (daría tres, en el recorrido), dejé la literatura a un lado y me ganó el simple gozo de observar el acto de leer, porque estaba ante ese acto puro y reconocible que se nos da en raras ocasiones. Observé cómo la mente ordena a los ojos a detenerse, volver sobre sus pasos, reiniciar el párrafo, avanzar comprendiendo, reconvenir, hasta, incluso, aplaudir; reconocí la celebración de pasar una página, o el furtivo e instantáneo espionaje de la última palabra de la hoja anterior, el diálogo de lectora y autora, las sonrisas de complicidad, la expresión de sorpresa, de lo inesperado, del descubrimiento, del desacuerdo, del desencanto, del abandono, del final, del fin.

Llegué a Borges, a Lezama, a Cortázar, a la Biblioteca. Cuando bajaba del colectivo, eché una última mirada a mi lectora que, casualmente, daba vuelta una página. La mano que la pasaba no tenía carne, era la de un esqueleto, era la de la muerte.

MARÍA ELENA



Mientras caminaba hacia nada parecido a dios, sino al diablo (me esperabas en la esquina de la Ayacucho y Uruguay, a las cuatro, ¿recuerdas?) aparecí en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, ese sábado que cambió tu vida. La cambió a las 6 post meridium. Te lo cuento ahora que sé que no tengo otra alternativa, por razones del corazón y por las de la justicia.

Esa, como todas las tardes de sábado, el cura administrador del templo hacía sus negocios sabatinos con la espiritualidad. Cientos de madres, padres, madrinas y padrinos, se arremolinaban en las puertas de Santo Domingo, con criaturas para entregárselas-al-Señor, como se dice en lenguaje católico, al lavar, con el bautizo el pecado original con el que dicen que todos nacemos.

(Los estudiantes de marketing deberían analizar con especial atención la perfecta construcción de un mercado, ideada por esta iglesia: en un primer paso dictamina que todos los recién nacidos llegan pecadores a este mundo; el siguiente es obligar a recibir el sacramento del bautizo para borrar el pecado original y, para rematar, se instituye horarios y precios en moneda nacional, para borrarlo. Simple).

Tú sabes mi opinión sobre los creyentes y las iglesias y sobre la gente unida y reunida detrás de la zanahoria religiosa (cuánta coincidencia verás dentro de algunas líneas); entonces, comprenderás la melosa sensación al rozarme con una multitud religiosa donde el extravío de tu recuerdo me llevó, adscrito como miembro de una orgía repugnante. Mi instinto me decía que huyera de ese lugar bendito.

Por donde volteaba la mirada veía a madres y madrinan devotas llevando en brazos a los candidatos a borrarse el pecado-original, pecado que una vez más me llevaba a tu lado, en aquella habitación miserable elevada a altura insigne por la payasa donde ejecutamos el mejor y menos original pecado del mundo.

Me fijé en la bella wawa morena y plácida, una rosa de pétalos de seda cargada por una mujer de luto ambiguo y fue mi punto de partida,

un tanto divertido, un tanto conformista, por creer que la diversión mataría el tiempo que faltaba para encontrarte.

Mi mirada saltó a la madrina más próxima. Acerqué mi cara con cierta prudencia (sabes que asusta a las wawas) y quedé petrificado de espanto, aun por lo poco que asomaba de aquel nido de brillantes sedas y tules. Con un movimiento de su patita mostró lo que yo más temía saber: un animalito. Pero ni siquiera alguno que yo habría hasta aceptado una vez encaminado en la pesadilla, no. Lo que tenía en brazos esta mujer era una cría de Buggs Bunny.

Tú ya no estabas, Malena, no existías, ya no eras parte de mi nuevo mundo.

Seguí el desfile de madrinas y ahijados ya transportado a este otro lado de la realidad, a esta realidad monstruosa que sólo por un desvarío pueden intuir desde donde viven las personas como tú.

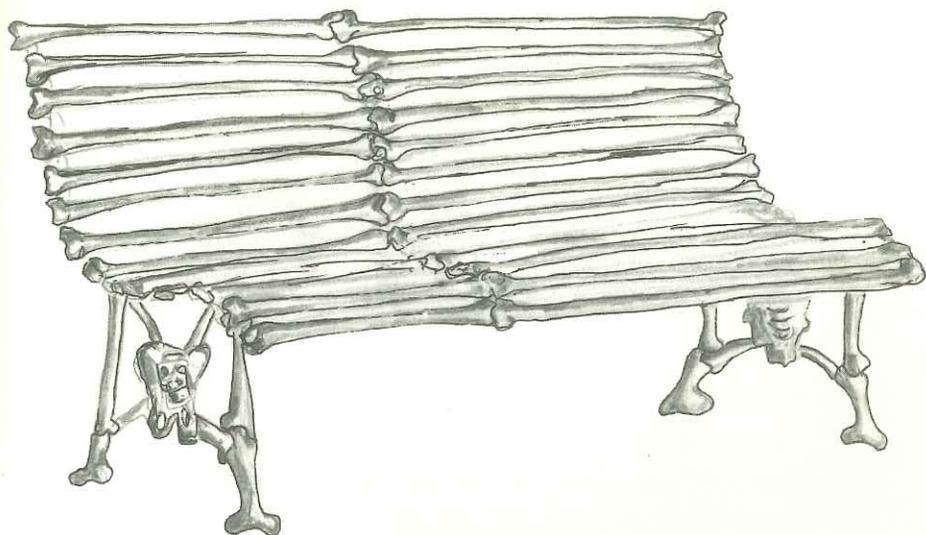
Había ¿wawas? de otros dibujos, de seres imaginarios, de animales. Un pececillo, un surubí recién nacido, que navegaba en sus suaves telas, me sonrió con una ternura desconocida para mí, nunca recibida en tu mundo.

No sé cómo pasó, pero fue naturalmente. El espanto primero, fue el recuerdo que me avergüenza y tú, una bella equivocación.

Te explicaría más, te contaría más, pero sabemos que no hay mails, ni celulares, ni internets que traspasen ciertos límites y, además, no tengo tiempo: debo cambiar de pañales a mi Mickey Mouse que se hizo popó.

Las wawas son una lucha...

LA PLACITA DE LOS ASESINOS



El 28 de febrero de 1986, mientras Olof Palme caminaba por la calle con su esposa Lisbet, saliendo de un cine de Estocolmo donde había visto “Los hermanos Mozart”, un hombre se acercó lo bastante para no fallar las dos balas que le metió en la cabeza. El primer ministro sueco, risueño amigo de Latinoamérica, cayó muerto ante su mujer que no podía comprender cómo un hombre bueno podía ser asesinado así, en una helada calle de su ciudad, por la que caminaba como un ciudadano común, seguro de no tener enemigos. El pistolero se esfumó de la escena del crimen antes de que policía alguno pudiera llegar.

Horas después, un paseante salvaba del ridículo a la policía sueca con un testimonio: el asesino era un tipo fornido, de alrededor de 1.80 metros, usaba barba y estaba abrigado por un

sacón azul de gruesa pana. Contó que contempló su terrible expresión por unos instantes, sus ojos se encontraron con los suyos, y luego vio cómo se hundía en la oscuridad adornada de unos ralos copos de nieve arremolinándose por el vacío que dejaba el cuerpo grande.

El oficial Strolsson se aferró de los detalles que le regaló el testigo, que resultó ser un hombre intachable. No había aparecido sino horas después en la comisaría de policía porque un pudor nórdico se lo impedía, pero lo decidió su exigencia de ser un buen ciudadano. Pese a que el testigo -se apellida Carlsson, creo recordar- no ocultaba su aversión a los extranjeros, sintió que debía cooperar con la policía, aun para ayudar a encontrar al asesino del primer ministro demasiado amigo de esa gente morena y bulliciosa.

Strolsson pensó, con exactitud, que la barba era parte del plan del matador, luego del delito simplemente se la afeitaría. Respecto a su estatura y corpulencia, reflexionaba con sus superiores que seres así abundan de manera alarmante en este país, donde la gente se sobrepasa en las grasas con que se rodea para combatir los largos meses de invierno. Tampoco, se dijo con desazón, podía contar con el sacón azul.

La noticia del asesinato de Palme recorrió, con el mismo frío de las baldosas donde cayó su cuerpo, por el alma de los pueblos latinoamericanos; se quedó helando largamente la de los nicaragüenses que recién terminaban de sacudirse de los resabios de la larga dictadura de Somoza y gozaban del aprecio especial del político sueco, y bajó hasta el Sur de América, saltando por pueblitos donde sus habitantes habían conocido de oídas y de hechos a ese presidente lejano con la suficiente bondad para que les llegara hasta ellos. En Europa el dolor fue, evidentemente, menor.

Las policías de Europa central se alertaron unas a otras, con el retrato hablado del asesino de Palme. Es que había testimonios que un tipo que correspondía a la descripción del hombre que tenía Strolsson en sus manos sudorosas, había abordado un tren que partía al sur.

En Zurich hay una pequeña plaza poco visitada, aun en verano. Está en una pequeña colina humillada por edificios de bancos y seguros y desde donde no hay vista alguna que invite a turistas, y menos a residentes. Un asiduo a su soledad descubre en una de sus esquinas, su única visión a lo lejos, un pedazo de la Langstrasse, el menos suizo que puede verse en esa ciudad donde a cada paso uno tropieza con un reloj. En ese rectángulo allá abajo, está

media puerta de un sex shop y la entrada del Bar Gambrinus, nombre que me traía reminiscencias de largas charlas con los amigos en Cochabamba (con el Gordo Arias) en un bar con el mismo nombre; pero había algo que también me devolvía a Bolivia: desde aquella soledad de purgatorio adivinaba la máscara de diablo de carnaval de Oruro que colgaba insólitamente en una de sus paredes. Es la Marthaplatz, a donde yo iba con la frecuencia que me exigía la necesidad de evasión, es decir, muy a menudo porque allí podía imaginar, inventar, que yo no estaba donde estaba.

Una mañana de marzo me fui a mi recurrente paseo por la placita; había nevado durante la noche. De la blancura sólo se salvaba el marrón de los árboles sin hojas, la piedra de la base de la fuente y un extraño trozo azul en el promontorio blanco donde debía verse uno de los bancos de pino. Hundido hasta los tobillos en la nieve y con un frío que no había previsto al salir, me dispuse a volver a casa, pero antes me acerqué a ese azul que, a la vez, desarmonizaba el paisaje y lo adornaba. Tiré de él y resultó ser un sacón de pana. Como yo llevaba puesta una chamarra impermeable y, además, la nieve moja sólo levemente, me lo probé después de sacudirlo.

Parecía hecho para mí. Así abrigado emprendí el camino de regreso, con un vago temor de encontrarme al dueño de la prenda.

Con las manos metidas en los bolsillos amplios y cómodos, bajé hasta la Niederdorfstrasse. Allí me detuve para encender un cigarrillo. Me quité los guantes y, mecánicamente, busqué los fósforos en los bolsillos interiores del sacón ajeno. No los encontré, claro, pero mis dedos palparon unos papelitos. Eran billetes usados de tren de un viaje Hamburg-KohlIn-München-Zürich. Mientras viajaba en el tranvía, entreví a alguien cruzando el mar Báltico y bajando del barco en el puerto del norte alemán. En mi habitación revisé todos los bolsillos del sacón y encontré envolturas de dulces y, en un pequeño y seguramente infrecuentado bolsillito, el talón de un boleto de entrada a un cine, con palabras escritas en sueco. La certeza de tener en mis manos una prueba determinante para seguir la pista del asesino de Olof Palme, me la dio el marbete cosido en el bolsillo interior izquierdo.

Ni el castigo más severo al asesino -luego de su caza, la ejecución- puede tener algún significado para la víctima. Sí quizá para un público muy cercano al terrible y multiplicado ser de un estadio de fútbol repleto, o para el vengativo irrazonable que vive a flor de piel en tantos otros. Estos sí aplauden al cazador, a la justicia (como si se pudiera hablar de ella ante la terrible nada que es la ausencia de alguien amado). La impotencia más desoladora es, lo he sentido, Gordo, no poder ayudar a un muerto a volver a la vida. La

enfermedad sin cura y el revólver disparando es el climax de la injusticia porque abortan la vida que el que los sufre y los que lo aman esperan que continúe. El único castigo que un asesino se merece es uno imposible: que su víctima recobre la vida y, luego, si quiere, disponga de la de su victimador, matándolo o manteniéndolo amedrentado por los años que quisiera.

El sacón azul se quedó largamente colgado en el ropero, hasta que en el invierno que siguió, comenzó a pertenecerme. Así llegó a Cochabamba, y ahora está todavía lozano, pero sin uso porque es demasiado abrigo para la temperatura media de esta ciudad, incluyendo su invierno de mentiras.

Nunca más volví, y creo que jamás volveré, a la placita de los asesinos.

Epílogo de enero del año 2015

Leo una noticia arrinconada en la página interior de un diario. En el umbral del vigésimo noveno aniversario del magnicidio de Olof Palme la policía sueca ha avanzado muy poco en la investigación. Las pistas kurda y de extrema derecha se desvancen en sus manos. La captura del criminal es remota.

MESSI, ASESINO IMPUNE



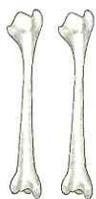
Llevaba el polerón de su alma mater, la Kansas University, cuando lo detuvieron, “preventivamente”, como dice la prosa policial. Pero, él sabía que estaba en la celda por su vicio, era un aspirador del aroma maldito que calma hambres y sentimientos.

El policía que lo detuvo ocultaba debajo de su uniforme un emplasto de mentisan y la T-shirt de Toni Hilfiger que le mantenían caliente el pecho, estragado por la tos, esa madrugada de nevada en la cumbre y helada lluvia sobre la ciudad de Cochabamba.

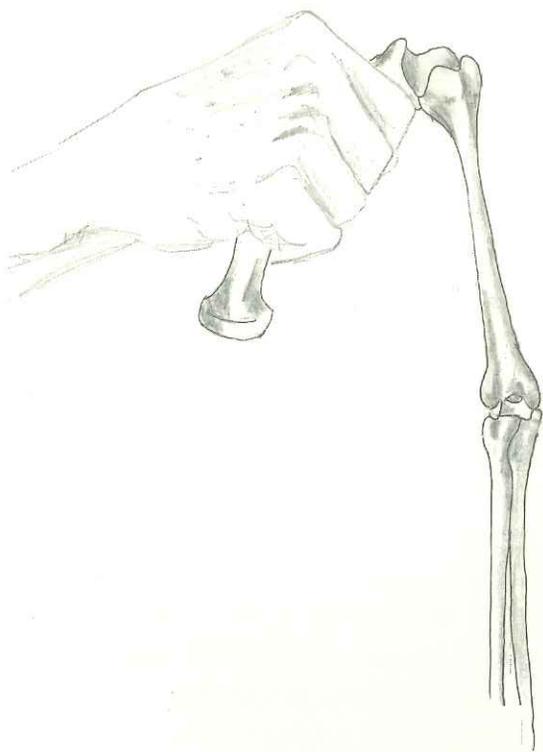
El encargado de torturarlo era Lionel Messi, del Barcelona de España, como lo proclamaba la camiseta que sudaba mientras daba los golpes,

incluido el penúltimo, un derechazo con manopla, el que lo mató.

El comandante tembló entre las sábanas del Mercy, el hospital público de Chicago, Illinois, cuando recibió el parte telefónico que le informaba sobre una muerte en sus celdas. Las pequeñas olas - causadas por el tembloroso "y-ahora-que-mierda-hago?"- de las sábanas cesaron, sin embargo, cuando despierto y lúcido entendió que sólo se trataba de la vida, de la muerte, de un clefero. Con la barba barrida por la afeitadora desapareció la última sombra de preocupación; tomó la ropa interior también traída desde las lavanderías del Mercy, se la ajustó a sus partes pudendas, siguió con el uniforme cuyo cinturón -antes de la chaqueta- lo convertía en una enorme huminta a la olla, y salió a comandar el operativo contra la venta de ropa usada.



DON LUCIO



Campesino, como todos se vuelven cuando van envejeciendo, don Lucio es perentorio. Me trae estos papeles cuando se entera de que voy a publicar un libro. Me dice que será lo mejor de mi libro y que me hace un favor. No admitirá negativas ni condiciones. Sus papeles, que no son cuento ni ensayo, sino algo indefinido, deben ser copiados literalmente e insertados así. Ayudaría con los pesos de su Renta Dignidad, lo que le daría derecho a elegir el sitio de su texto. El haberme conocido desde niño le da derechos y a mí obligaciones, los suyos irreflexivos, los míos aceptados por el cariño que ha crecido conmigo.

Estos son, pues, sus papeles, pasados y repasados por la criba del editor, a pesar de mi promesa a don Lucio, y que se morfan ("comen", no resulta tan exacto) buena parte de esto. (nda)

A saber:

Sobre la vejez

Lucio Bermudez

El misterio del tiempo, ignorado por el niño y esquivado o, mejor dicho, mirado aprensivamente y de reojo, por el adulto, es finalmente enfrentado, por la urgencia de la muerte, en la vejez.

La vejez no es importante hasta que uno es viejo. Entonces, aparece la muerte como algo que se acerca sin remedio. La vida que ya va siendo sólo un recuerdo amargo que se repasa con rencor porque nos abandona o con alivio porque no fue lo que esperamos.

La vejez anula las diferencias. Lo que se despreciaba la juventud, es amigo del viejo. Se acercan mutuamente él y los desamparados, marginados.

El niño discrimina con inocencia; sus padres con argumentos; para el abuelo ya todos son iguales camino a un destino común. Miren los amigos de los viejos: casi todos despreciados.

El abuelo se hace cómplice de los nietos con la esperanza de obtener algo del tiempo que ellos desperdician.

Los plazos van haciéndose más cortos y las frustraciones más numerosas. Se vuelven frecuentes en el lenguaje las frases como "si tuviera más tiempo", vana justificación, pues de tener más tiempo, no se lamentaría; "por qué no lo hice", pues, porque el muchacho *nunca* será viejo.

La vida de la razón está hecha de planes grandes y pequeños, según los plazos que se tenga o que uno mismo se otorgue. Los que no hacen planes son los muy niños y los muy viejos.

El círculo se cierra: el viejo es la wawa que fue. Una comadre muy vieja comentó al ver a mi nieto "vejito sin dientes". Y no hablemos de los pañales.

Cada día, en la vejez, aparecen más viajes sin partida, más personas sin conocer, más libros sin leer, más perdones sin pedir ni dar, más palabras no dichas, más sentimientos callados. Más recuerdos y más olvidos.

Para ser irremediable, la vejez es tomada demasiado en serio. Causan risa o pena o miedo los viejos que se amargan lo que les resta de vida.

Por ser irremediable, el plazo de la muerte puede ser tomado con mejor humor, pues, aquel, en las horas últimas también puede convertirse en objeto de arrepentimiento y amargura.

Este es el tiempo de los jóvenes, de esa inasible edad llamada juventud. Es el terrible consumismo el que ha inventado el sobrevalor de la juventud, para vender más, para crear más necesidades. Los años de gran rendimiento laboral deben ser fructíferos y muy rentables y luego a gastar como el dios del consumo manda.

La publicidad va dirigida a los jóvenes, las noticias a los viejos. Si tú eres joven tienes que tener un estilo de vida sofisticado, atrayente, móvil, *mobil*, etcétera. En la franja noticiara están los viejos asaltados, los que se quejan de sus bajas pensiones y altas presiones, hospitalizados por enfermedades terminales, por la larga farándula...

Para los jóvenes el mundo de aquí, para los viejos el de más allá (suponiendo que haya uno, y son pocos los que no aceptan que lo haya, como ese viejo marxista que se confesó con un cura en su lecho de muerte "por si acaso").

Para los jóvenes está el amor, para los viejos, el horror.

En el micro

Estás de pie, con tus piernas bien afirmadas en el piso del colectivo, tomado con fuerza de agarradores, te contemplas los bíceps y tríceps en

tensión, no están mal... cuando alguien se levanta y te ofrece su asiento. Todo tu esfuerzo natural se viene abajo, como esos juguetitos de animales bien plantados que se desmadejan cuando les aflojas las cuerdas. La primera vez declinas cortésmente la oferta, pero tu honor ya queda estropeado. Después, aflorado el agotamiento, la edad, aceptas y derrumbas tu cuerpo cansado para descansar aunque te faltan sólo dos cuerdas para bajar. Esas dos cuerdas en las que reflexionas sobre tu apariencia que mueve a la muchacha (¡ay!) que te ha cedido el asiento, y te ves envejecido, cansado..., pero te empeñas en no aceptar (y eso es peor) el declive irremediable.

En el deporte

Estás en una reunión de familiares, amigos, al aire libre. Tus pulmones reciben el impulso del viento, quieres correr, saltar, poner tu cuerpo en movimiento, sientes que necesitas algo más que caminar. A alguno se le ocurre jugar un partido de fulbito y ves tu oportunidad. Eligen equipos, pero nadie te señala. Alguno repara en tu gesto dispuesto y pregunta, ¿y él? Los jugadores sonrían con conmiseración; al pasar los equipos por tu lado, alguien te da unas palmaditas que te caen como palazos de tierra en la tumba, y se van a jugar. Desde tu asiento (has debido sentarte) te convences que ya no estás para esos trotes. Tomas un vaso de gaseosa y haces que ves el

partido, pero estás mirando para otro lado, a tu pasado.

En las reuniones

Se hace planes en la oficina, en la familia, en el barrio, para alguna actividad colectiva; para tomar decisiones acerca de cuánto, cuándo, dónde, con qué, etcétera. Todos opinan, se preguntan entre sí, pero nadie repara en que tienes algo que decir, tu buena idea está por perderse y empobrecer al grupo. Llega la pregunta salvadora dirigida a ti (ah, claro, esperaban al final oír la voz inteligente, la de la experiencia, la de la sabiduría), pero antes de que respondas, cuando todavía estás eligiendo las palabras para modelar, hacer comprensible, tu argumento, alguien responde por ti; y, encima, habla de ti en tercera persona singular. Es que tú ya no estas ahí completo, eres un poco más ausente que ayer, tu figura se desvanece y pronto desaparecerás. Así es como te ven, o mejor dicho, te dejan de ver. No te queda otra alternativa que sonreír para nadie. Reclamar sería hacer el ridículo; de todos modos no te harían caso y quizás más de uno reiría. Callas sonriendo y aprobando la decisión tomada en tu nombre (que fue la contraria a la que no pudiste expresar, o quizá no, ya no te importa).

La experiencia

Hijos, sobrinos, hermanos, discuten sobre las condiciones de vida en países lejanos (o de otro tema que manejas con maestría; has estado allí, has hecho eso) y sonrías para tus adentros: me dan la oportunidad de ilustrarles, enseñarles algo a estos que no se han movido de esta ciudad, a estos que no han leído más libros que los de lectura de primaria y sus textos de estudio. Esperas agazapado, hasta que llega tu oportunidad. Te lanzas al ruedo. Habla tu experiencia, tu sabiduría, te explayas en detalles interesantes, que una vez te hicieron emocionar hasta las lágrimas, tanto que es algo que guardas como uno de los momentos más maravillosos de tu vida, hablas. Pero, reparas en que por encima de tus palabras, hay otras voces, muchas; la tuya la escuchas solo tú. Las otras discuten, señalan, opinan, relatan, valen. La tuya no le sirve a nadie, tampoco a ti. Callas ahora también, y no te queda ni siquiera el orgullo de sentirte superior porque sabes más que ellos; no, tu saber se ha vuelto un periódico usado, mojado, aun para ti mismo.

Al aire libre

Llega la primavera después de un invierno singularmente frío. La familia aprovecha el día para reunirse en un almuerzo de celebración climática. El sol despierta la alegría y la locuacidad de todos,

incluso la tuya; hasta has relatado tu experiencia en inviernos diez veces mas fríos del que acaba de transcurrir (para ti esto ha sido una primavera, ¡bah!). Se come, bebe, ríe. Comes, bebes, ríes. Llega la tardecita y con ella un débil coletazo del invierno. No es nada. Pero, las señoras insisten y deciden que nos vayamos adentro. Convocan a los jóvenes y a los niños para que vayan metiendo mesas, sillas; para seguir la reunión al abrigo de la sala. La dueña de casa (¿tu hija, tu nuera?) señala mesas, sillas, muebles, metan eso, eso otro, te señala y también al abuelo, dice, con una naturalidad que te hiela la sangre, que te inyecta más frío del que sentiste en aquel invierno que venciste, orgulloso. Te ves arrastrado por un niño; no acompañado, sino arrastrado como si tuvieras rueditas, como las de las maletas, de las que no llegaste a utilizar en ningún viaje. Te dejas llevar. El frío (los muebles no tienen calor) de tu alma ha congelado tus lágrimas; no podrán salir sino hasta cuando te hayas recostado por orden familiar.

Los mimos

Eres mimado. Eras mimado. Después de todo fuiste el menor de los cinco hermanos y hasta tuviste dos abuelas que te mimaron. Por eso, cuando te invitan, te llaman, para ir de paseo, de excursión, al cine, a comer a un restaurante, de viaje, es casi un rito decir que no, para que

te insistan, y vas, más feliz de lo que serías si hubieras aceptado a la primera. Así ha sido siempre y siempre ha funcionado bien. Sabes que ellos lo saben y te miman: sientes que eres más bienvenido y que eres hasta imprescindible. Ese día, la familia se alista para un corto viaje. Irán a visitar a esos parientes ricos que esperan con las comidas que te gustan especialmente y ni hablar del vino y los aperitivos que tienen en su bar. Claro que te encanta la idea de llegar lo más pronto posible a gozar de esos pequeños placeres. Comienza el rito. Te preguntan si irás. No sé, creo que no... Pero, algo cambia: Ah, bueno, entonces nos vamos. Volveremos en la noche. Chau. Y parten. Mientras ves el coche yéndose, quieres gritar, claro que voy, pero nadie te escucharía. Te quieres convencer que el orgullo no te permitió aclararles el erróneo camino del rito que todos conocen. Te quedas en la puerta, arrepentido, solo. La próxima vez... Pero sabes lo que vendrá: él *nunca* quiere ir, así que para qué preguntarle siquiera, vámonos.

El carnaval

Te gusta jugar. Juegos de mesa, juegos de salón, de palabras, cultura general, una *pichanga* de fulbito, con agua en carnavales, no te niegas a ninguno.

Llega el carnaval y casi al despedirse, el Corso de Corsos, la Entrada cochabambina.

Te gusta ir a comer, tomar tu cervecita en lata y, si se puede, lanzar algunos globos y meterle duro a la espuma. Te alistás, te citas con algún amigo, y se van a carnavalear. El calor ayuda a degustar la cerveza, la cerveza a empujar el choricito, a sentirse parte de la fiesta, de las bandas, de las fraternidades, del espectáculo de las polleritas minúsculas, de lo que simulan no ocultar. Deambulas entre la muchedumbre, te compras una espuma y vas lanzando chorritos aquí y allá. Acorralas a una chica determinadamente carnavalera; le echas la espuma, te ríes y gozas, juegas. Hasta reparar en su cara y la voz que te espeta: ¡qué le pasa, viejo de mierda!

El sexo

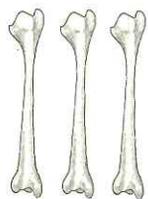
No te hagas ilusiones. La atracción se ha ido y con ella la compañía casual o permanente. Las mujeres u hombres de tu edad se ven demasiado viejos o viejas para esos deseos. Ningún amor puede contra la carne flácida. Las películas, las novelas, los animadores de casas de "reposo", mienten, se mienten a ellos mismos. Te queda solo el triste sexo que se compra.

La incontinencia

Es el cantado final del llamado "error de dios". La humeante, hedionda expulsión de lo que el cuerpo desecha, no puede ser sino un error divino; una falta estética imperdonable, que se convierte, a lo largo de la vida de los seres humanos en uno de sus más graves asuntos, empeorado por su silencio y vergüenza. La italiana "Porco Dio", la ibérica "Me cago en Dios", la alemana "Got verdamnt", son alusiones irrespetuosas de los humanos, son protestas (inútiles, por otro lado, pues deben acudir al WC antes, después o al tiempo de exclamarlas) a esta equivocación (¿castigo?) de la creación. Quizás si se nos hubiera dado la forma de ir al baño que se les dio a las ovejitas...

Comienza casi inadvertida. De pronto sientes algo en la entrepierna que baja hasta los calcetines. Es el orín que se enfría luego de salir sin tu permiso. Te pasa también en tu cama: despiertas navegando en tus sábanas empapadas. Pero, entonces eres todavía capaz de limpiar y limpiarte tú mismo. Más avanzada, más entrada tu vejez, tus desechos te ganan y precisas de ayuda para combatir esa batalla humillante. Sólo la ganas si alguien manipula tu cuerpo y lo limpia, lo baña. Tienes dos alternativas. Llamas algún familiar (los hijos están para eso, te dicen) o contratas a alguien para que lo haga. Ninguna de las personas de las dos categorías lo hará de buena gana. Verás el asco

indisimulable en los rostros de ellas. Y aquí se te abre otra bifurcación. Sometes a alguien a esa infamia u optas por cortar-por-lo-sano: son los desechos de tus alimentos los que causan esta desgracia, pues los evitas y te mueres de hambre y dignidad.



EL DR. *ESQUIUSMI*

1

Cuando encontraba algo defectuoso, engañoso, falso o de calidad dudosa, Pedro O., hombre que se metía al bolsillo a Neruda, Poe, Vallejo, Mistral, Borges, lo sentenciaba con un anglicismo de su cosecha, reconocible por su fonética e intención: "es muy *esquiusmi*", lo que colocaba al sujeto de su apreciación en situación verdaderamente *esquiusmi*. Película, "platito", persona, poema, todo era objeto de su juicio.

Un doctor que presume de periodista, reúne abundantemente los requisitos para gozar de tal apelativo y a su creador le causaría gran regocijo saberlo (le causará: seguramente todavía anda por ahí con su bolsillo lleno de poesía ya no para los amigos en el Barco-mercio o el Miraflores, sino para sus hijos y nietos).

Volvamos con el doctor. Todo en él es apariencia y si escarbamos un poco, nos encontraremos con nada, tan solo una pizca de nada.

Para comenzar, nos quiere hacer creer que tiene pelo. Cree que nos hace creer, o quiere creer que nos hace creer (ya se sabe cómo es la fe) pero solo amplifica su condición de prestamista, como se dice, o prestatario o ambos, pues se presta a sí mismo el propio cabello (algo evidentemente extraordinario ya que es muy codo a la hora de prestar cualquier cosa).

Cuando entra a la peluquería (va donde lo sirve un peluquero de mucha confianza, pero puede ocurrir que) siente el desasosiego del ridículo y la amargura de ponerse al descubierto, como descubierta está su testa privada de su abrigo natural. Debe, ¡ay!, dar las instrucciones de su corte al reemplazante de su "maestro", tomando en cuenta que ninguna se ajusta a las reglas de los habitués de la peluquería. No, él debe explicar que de este lado el corte normal, de atrás igual, pero de este lado no me lo toque. Sabe que se ríen porque lo escuchan, pues, como ya veremos, su situación de mando y su sentimiento de inseguridad le han subido el tono de la voz. Los clientes que esperan su turno, por vergüenza ajena prefieren reír con un Condorito cabeza abajo entre las las manos, mientras sus miradas saltan de espejo en espejo hasta encontrar el reflejo que el Dr. no sospecha que sirve para observarlo.

Sale de ese infierno para calvos llamado peluquería, con el préstamo bien situado, pero...

no se percató del calentamiento global, es decir, del imprevisto síntoma de un agosto dentro del verano. Y sopla el viento, metéoro que el Dr. *Esquiusmi* odia más que a sí mismo, y eso es mucho decir.

Sopla Eolo irrespetuoso, inmisericorde. El Dr. sabe cómo lidiar con él, conoce a su enemigo para enfrentarlo. Eolo sabe de sus mañas y siempre tiene un as bajo la manga. Esta vez también. El Dr. identifica inmediatamente la dirección de los vientos (él es prácticamente una veleta) y acomoda rápidamente su cabeza para que el viento corra en la misma dirección del préstamo, pero he aquí que ese dios había decidido dejar hacer sólo unos minutos, porque, repentinamente, cambia la dirección de su soplo y atrapa a su enemigo, acertando en su talón de Aquiles: el Dr. *Esquiusmi* siente con horror el frío en su cabeza, lo que solo puede significar que está desnuda, porque el largo mechón, que se acomodaba vistosa, elegantemente, sobre ella, se ha liberado y vuela al capricho del viento como una larga vela deshilachada aferrada al estribor de la cabeza del Dr. que no puede pensar en nada más que se lo trague la tierra, o el mar, si seguimos con el símil. Intenta con manotazos enloquecidos recuperar su larga mata de pelo, hallar un zaguán, una tienda, pero también allá... Prefiere olvidar cómo salió de este nueva trampa eolioana, y lo consigue a medias... hasta la próxima.

2

Cuando se restablece el orden climático y las cosas se acomodan en su lugar, incluso, o especialmente, el bisoñé natural (permítasenos esta paradoja), el Dr. *Esquiusmi* tampoco está tranquilo: Los prefijos le quitan el sueño.

Durante décadas resultó siendo *co*, pero en su intimidad sabía que era sólo *sub*. Ahora extraña el *co* y preferiría seguir siendo ser *sub*, porque la ausencia de prefijos lo dejó huérfano y en evidencia. Pero, reflexiona (aunque no se crea), y concluye que nunca fue *co*, ni siquiera *sub*, solo un engañoso ser sin prefijos ni sufijos, ni nada, en lo que están de acuerdo todos los que trabajan para él.

Por cierto... la palabra que sigue a los prefijos sudados en las insomnes noches del Dr. *Esquiusmi*, es "director".

3

Pero, se defiende. Despojado de sus defensas naturales del *co* y el *sub*, el Dr. comprendió que era necesario jugar otro papel(ón): ¿cómo mandar sin decidir? Porque esto de decidir podría acarrearle responsabilidades, algo de lo que huye como *k'itaqowi*.

El Dr. *Esquiusmi* cree haber resuelto el dilema: Pese a que por sus dimensiones no le

quedan los ropajes, se embute en la ropa de Grumpy, el enanito calentón de Blancanieves (la de Dopey, Tontín, la tiene adherida a la piel) y comienza su jornada. Putazo aquí, putazo allá, arrea a sus tropas a moverse según ellas lo decidan, obligadas a tomar algún camino para que marche la cosa, especialmente sus domesticadas. Así, el Dr. podrá culpar a alguien, que no es él, por cualquier cosa que salga mal, y sí que sale, según uno avanza en la lectura de "su" diario.

Últimamente se ha traducido *Die Verwandlung*, de Kafka, como *La Transformación* (como lo sugería Borges) y se aclara que no fue una cucaracha en lo que se convirtió Gregorio Samsa, sino un escarabajo. Pues bien, el temor de caer de espaldas y quedar para siempre en esa incómoda posición, como la tía de Cortázar (simbólicamente hablando, che) obliga al Dr. *Esquiuzmi* a salir lo menos posible de su madriguera. Sólo sale su voz... que dice, otra vez, nada... solo balbuceando estentóreamente su idioma de palabrotas.

(Volvamos un ratito a la peluquería: esa voz de mando que ha cultivado, elevada en decibeles, lo traiciona cuando da esas angustiosas órdenes al de las tijeras).

4

Además ha desarrollado un olfato que le envidiaría un gran danés... Huele, sin lugar a equivocaciones por dónde viene la mano (diríamos los argentinos) y allí corre y sonrío su sonrisa de gato de Cheshire, que dedica al jefe, al dueño, al amo y... a la dueña.

5

Hay algo que compite con su afán piloso y sus nostalgias contradictorias por la pérdida de prefijos, cabellos y respetos; algo que arrasa con todo, pero digámoslo con la oda de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (en *elle s'attaque un peu, un petit peu, al docteur Escusemuá et a son église*):

*Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar;
al torpe hace discreto, hombre de respetar,
hace correr al cojo, al mudo le hace hablar;
el que no tiene manos bien lo quiere tomar.
Aun el hombre necio y rudo labrador
dineros le convierten en hidalgo doctor;
cuanto más rico es uno, más grande es su valor,
quien no tiene dineros no es de sí señor.*

*Si tuvieres dinero tendrás consolación,
placeres y alegrías y del Papa ración,
ganarás Paraíso, ganarás salvación:
donde hay mucho dinero hay mucha bendición.*

6

Solitario a fuer de carencias y riquezas, en versión de los que lo conocen de cerca, el *hidalgo* Dr. *Esquiuzmi* tiene un solo amigo, con el que pasa sus largas veladas sabatinas: el escocés Johnny Walker.

TUTTI FRUTTI

Se llamaba Tutti Frutti, nombre adoptado por tácito acuerdo con Etienne, un francés mochilero que no hablaba castellano y cuando trataba de hacerlo era menos inteligible que cuando usaba su lengua (poco lo hacía, más, las manos).

Etienne necesitaba que le arreglaran el pantalón y se acercó a la sastrería de la calle 16 de julio, al Sur. El maestro era un hombre de unos setenta años, con una apostura de mariscal de campo (como George C. Scott en *Patton*) y una cabellera gris tirando a blanca, ondulada y peinada hacia atrás, que le llegaba a los hombros, dejando apenas descubiertas unas orejas grandes y alertas, que enmarcaban el rostro de una dignidad solo se halla por el azar y la fortuna.

En el primer intento de diálogo, al comprender que Etienne (en calzoncillos) no entendía nada de lo que él decía, cayó en cuenta de que era extranjero y se sacó de la manga de casimir un “¡Tutti Frutti!”, con lo que quedó establecida

la única frase que comprendían ambos y que serviría para llamarse, saludarse y decir todo lo que querían decirse. Era todo su lenguaje, *un* lenguaje, algo semejante a secciones del idioma de *Tlön* de Borges, o como en la película *Being John Malkovich*, o la *pastasciutta*, que su sabor depende de su forma, pero, indudablemente más cercano al *chingar* mexicano, que si el escritor porteño hubiera sido más chingón, le habría encantado, al comprobar cómo un idioma está compuesto de una sola palabra.

Después de cosido el pasador de su único pantalón, el francés lo visitaba para conversar:

- ¡Tutti Frutti!

-¡Tutti Frutti!, se saludaban.

-¿Tutti Frutti?

- Tutti Frutti.

Y así, hasta despedirse, después de un buen rato:

- Tutti Frutti.

- Tutti Frutti.

pero, se pasaba por la sastrería sobre todo para observarlo, fascinado.

Tutti Frutti tenía algo más para expresarse: su esbelta anatomía era su propio maniquí.

Etienne esperaba con impaciencia que llegara un cliente porque sabía que ese momento comenzaba una de las funciones surrealistas que coleccionaba en su memoria para recordarlas en Besançon, de donde venía y tenía el resto de sus pantalones.

Cuando el cliente aparecía, Tutti Frutti hacía lo que todos los sastres hacen, pero con una meticulosidad y seriedad que a Etienne le parecía alguien que tomaba medidas para hacer el traje del emperador, uno espacial, o por lo menos, uno especial.

Medía con su huincha apenas legible, anotaba mojando con la lengua el lápiz plano, explicaba, preguntaba con minuciosidad y lo despachaba, hasta la prueba del traje.

Hasta ese día, Tutti Frutti era un sastre único. Las medidas escrupulosamente tomadas quedaban olvidadas en su cajón de sastre y cortaba la tela de memoria para sus propias medidas, es decir, las medidas de su cuerpo. Y cosía el traje y se lo probaba y reprobaba hasta quedar satisfecho y elegante, mirándose del derecho y del revés en su espejo biselado de cuerpo entero.

El cliente llegaba a probárselo y Tutti Frutti se lo enfundaba él mismo y paseaba ante él

como un modelo veterano de Dolce & Gabbana, le explicaba lo bien cosido que estaba, que viera lo bien que le quedaba.

El pobre hombre no comprendía este método y exigía probárselo, pero Tutti Frutti argumentaba vehementemente que estaba a la vista su perfecta confección y no había argumento que lo convenciera de que el propietario del traje podía no tener las medidas del sastre.

Ponía al amigo francés como testigo: -¿Tutti Frutti?-, le preguntaba mientras acariciaba el terno, en sus solapas, en su cadera, las nalgas, y señalaba la caída perfecta de los pantalones hasta el dobladillo que hacía una graciosa ola de casimir sobre el zapato brillante. Etienne, le respondía, sinceramente convencido, -Tutti Frutti.

A esta altura, el dueño del traje no sabía si había enloquecido él o el sastre o ese extranjero. Intentaba decir algo más, pero sólo escuchaba ese idioma que no alcanzaba a comprender. Finalmente Tutti Frutti le cobraba su trabajo, con el amenazante testigo foráneo (eso le parecía mientras vaciaba su billetera) y se iba con el traje que tan bien le quedaba... a Tutti Frutti.

EL ÁNGEL TANGUERO

La noche helada que mató a Dios de un resfrío perfecto (un martes de agosto de 2013), me posé en el techo del Centro de Exposiciones de la avenida del Libertador al 1.700, cerquita del Museo Nacional de Bellas Artes, el venerable recinto donde cuelgan *cezannes, rembrandts, chiricos, monets*, y, claro los argentinos, pero sucede como en el fútbol: los equipos de Europa, que aprenden a jugar de los jugadores de aquí, se alimentan, ya no del mejor *crack* (como se decía cuando el fútbol se jugaba en inglés y que ahora designa incursiones en un cielo dudoso), sino también de la hinchada sudamericana; no en un barrio de Buenos Aires, porque allá tu cuadro es tu familia, y lo querés como a tu novia o a tu vieja, aunque de vez en vez aparece algún gordo inflando la camiseta culé o la realista. Pero, sí en el barrio, ni siquiera barrio (y ahora lo va a ser menos, con el alcalde que nos gastamos), en Cochabamba, donde me destiné por ahora. Allí todos son del Barsa, del Madrid, del Bayern, del Chelsea, hasta conozco uno que es del Rayo Vallecano, y, como accesorio siguen

una enclenque y decorativa fidelidad al Aurora o al Wilster.

Los viejos hinchas tienen razón: se ha olvidado el juego y ahora es negocio, un negocio transnacional de carne. Y es una pena, porque es uno de los juegos más imaginativos que ha inventado la criatura humana (como los ingleses tenían medio mundo colonizado y lo trabajaban los colonizados, su largo tiempo libre lo destinaban a inventar juegos, los muy... imperialistas): en el fútbol puedes usar todo, salvo lo más útil que tienes, donde está tu mejor habilidad física, las manos. Todo, menos las manos. Eso le causa asombro, desafío y entretenimiento al niño que se acerca al fútbol por primera vez y ese asombro continúa toda su vida, igual que cuando era más pequeño, le fascinaban los globos, objetos tan grandes, pero insólitamente livianos.

Pero afuera, en el parque que rodea el museo está la exposición del arte que me gusta. Es un arte vivo que siente y muestra que siente. Es melancólico, a veces, lo que me produce una gran alegría, o se pone alegre, colorido y hasta travieso, lo que me causa un estado... (no voy a decir melancólico, porque la retórica del siglo 21 me cansa), me pone feliz, atractivo e inteligente (lo soy, salvo lo segundo). Entonces hombres y mujeres me miran como si lo fuera, como ese momento lo soy.

Hoy esta muestra estaba tirando a frío con sus ateridos árboles y su pasto que no podía abrigarse ni a sí mismo. Mis vuelos son constantes a pesar de que me quedo en un lugar varios años y hasta varias vidas humanas. Pero nada es largo tiempo para mí. Por eso a veces confundo qué he visto y dónde, pero también juego hurgando mi memoria infinita y encuentro el recuerdo que quiero recordar, pero a veces con leves lagunas, en verdad no dañinas ni decisivas. Como en el caso del banco de plaza de dimensiones monumentales, en el que pueden caber sin incomodarse unos veinte linyeras, mochileros o quienes quieran; también está el perro que forman los payasos con esos globos largos, en los cumpleaños a los que van a asustar a los niños, bueno, uno de esos perros también enorme, fabricado en metal o plástico azul que se asemeja al caucho; o, finalmente, ese barquito de papel multiplicado por mil o diez mil. El banco no sé si está en la plaza del museo porteño, pero debía estar allí; el perro de globo, estaba en Nueva York, en una exposición itinerante; el barquito sí sé que está a la orilla del río Paraná en, Rosario, cerca de donde miles de personas se acomodan sorbiendo mate para sentir su río, en un rito colectivo único.

Esta idea común es la de "hacer crecer" las cosas y juguetes con un resultado hermoso y jubiloso. Algo así como una Alasita al revés,

o para ser Gulliver ante señales del país de los gigantes, sin gigantes.

Dentro del museo, también en una exposición temporal, vi la pareja de bolivianos, él bastante mayor que ella, pero algo que conozco muy bien, los volvía adolescentes. Los acompañé porque sabía qué les iba a pasar. Así pude ver la muestra que era de los dibujos a lápiz de Fernando Botero. Mi inmodestia me obliga a confesar que yo traje este Botero a Buenos Aires, para esta pareja. Gocé de ella más que las otras cien veces que he visto su mundo gordo.

Había mucho en los ojos de ellos, una avidez, una codicia inocente, hermosa, limpia. Él se contagiaba de su candor, él que había aprendido a simular en vez de vivir, de pronto ante Botero y al lado de esa mujer, comenzaba otra vez a ser, y desde entonces fue un tipo sin dobleces, por eso quiero que se fijen un poco en él, en medio de todas estas digresiones que no puedo evitar ya que mi vida, lo repito, es una muy, pero muy larga digresión.

Transcurrida la semana, volví al Centro de Exposiciones porque por nada del mundo me perdería a Amelita Baltar cantando algo de Horacio Ferrer, ni a *Electrocutango* en su *Felino*. Era el Festival y Mundial TANGO BA.

Descendí a la cola y allá estaba el boliviano, esta vez solo, su pareja había partido, conversando con una viejecita primorosamente arreglada y abrigada, también amante del tango. Esperé que se acomodara el bolita (ché, con cariño) y me senté a su lado. Fue fácil comenzar a hablar porque estábamos entre dos tangueros. Como buen extranjero se esmeraba en mostrar sus conocimientos de este arte y yo condescendía con él, sabía lo esencial. Me permití darle alguna información complementaria y terminé, así soy, dictando una cátedra que él *bebía* admirado y agradecido. Claro que esto lo hacíamos en los intervalos, porque no se nos ocurriría interrumpir a la Gata Varela o Raúl Lavié y menos al Sexteto Mayor (a quienes conocí cuando eran unos niños). Terminado el concierto nos detuvimos un rato en la pista de baile donde unos maestros daban clases gratuitas al público y, ya para despedirnos, le dije que le invitaba una pizza en Corrientes. Me miró un poco desconfiado, ¿y si este es joto?, pensó en mexicano, pero finalmente aceptó. En el colectivo seguimos hablando de tango y su historia, yo como profesor, pese a que me incomoda ese papel, y él como aprovechado alumno.

Le enseñé a comer pizza sentado, pagando para comer parado, es decir, compramos las *musas* en el mostrador para comerlas de parados, pero yo conocía un sitio que era para los habitués donde hay unas mesas rústicas con sillas rústicas.

Fue allí que comiendo las *musas* con *birra*, le confié que lo venía siguiendo desde hacía años. Me miró sin dejar de comer preguntándome con los ojos.

- Pues, para decirte que sigás haciendo el resto de tu vida lo que hiciste en la itinerante de Botero. Es que sabés, este es mi laburo, le expliqué.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
--------------	---

I

La Gorda.....	13
Dios	19
Días de cine.....	25
Un <i>cab</i> en La Habana.....	39
Barrio tranquilo de mi ayer	47
Lectora	51
María Elena.....	57
La placita de los asesinos	63
Messi, asesino impune.....	71

II

Don Lucio	77
-----------------	----

III

El Dr. <i>Esquiúsmi</i>	93
Tutti Frutti	101
El Ángel tanguero	105